



# SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO.

## COLABORADORES.

ESPAÑA.—Benjumea don Nicolás Díaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Castro don Adolfo de.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—Lamarque y Novoa don José.—Llofrin y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Telesforo A.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salvochea don Fermin.—Sala don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

SEUDÓNIMOS.—Cid Asam-Ouzad Berengeli, Madrid.—Crisóstomo, Cádiz.—Dr. Pero Recio, idem.—Dulcinea del Toboso, idem.—El caballero de los Espejos, id.—El Page, Malaga.—Juan Palomeque, Cádiz.—Maese Nicolás, idem.—Maese Pedro, idem.—Parlanchin de provincia, Madrid.—Tomé Cecial, Sevilla.

## ATENCION.

Han de saber nuestros lectores, que el número 33 del *Sancho Panza*, correspondiente al lunes 30 del pasado Noviembre, ha sido denunciado por orden del señor Gobernador civil de la provincia.

Con esta son dos denuncias las que pesan sobre el pobre Sancho. A esta hora ignoramos el resultado de la primera denuncia.

Por lo pronto, necesito un abogado que hable bien, y que no me lleve un cuarto, porque francamente, no hay de qué.

## ADVERTENCIA.

El número último, por una equivocacion involuntaria, fué señalado con el número 33, en vez de 24 que le correspondía.



# COSTUMBRES CUBANAS.

## MI PAISANO.

(Finaliza.)

Era una de esas tardes en que se vive en la Isla de Cuba, el sol de los trópicos que nos habia quemado á su gusto, ocultaba magestuosamente su rostro en el templado seno de las aguas, como diciendo: gocen ustedes un poco de aire, que mañana nos volveremos á ver. La brisa perfumada con el aliento de las entreabiertas flores, acariciaba mi semblante. Paseábame por el muelle de *Caballería*, nombre que no concibo por qué el tal muelle es *anti-caballar*, (dejen ustedes pasar el vocablo.) Paseábame, digo, por el mencionado muelle, cuando un tremendo mocito de veinte y siete años, me echó los brazos al cuello, diciéndome con voz ronca: llegué, te ví y te pillé.

Juzgue el lector de mi asombro al contemplar á un hombre á quien no tenia *el honor de conocer*, y que en pocos minutos, me habia abrazado, tuteado y arrugado el cuello de la camisa, cosa que sentí en extremo, porque en esta bendita época, un hombre con el cuello de la camisa arrugado, comete un delito de lesa-etiqueta; un elegante sin ese moderno collar inglés, que se llama *cuello postizo*, dá una pobre idea de sí mismo; porque somos elegantes ó no somos.

—Conque paisano de mi alma; ¿qué es de tu vida? me preguntó volviéndome á abrazar.

—Caballero, le dije; ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Canario, hombre, y qué fino te has vuelto! Vayan unas palabras sociales, y unos aqueles.... pues señor, no ha estado mal golpe. Conque no te acuerdas de mí? Pues hijo de mi alma, ¿no sabes que soy Roque, el alpargatero de la calle del Meson, de Cadiz? ¿No te acuerdas que te compraba almendras y canelones, cuando eras chico? ¿no te acuerdas que un día....

—Basta, sí señor, me acuerdo; dije mordiéndome los labios: crucé los brazos sobre el pecho, y me preparé á recibir con la serenidad de un marino viejo, la tempestad de disparates que mi bendito paisano iba á arrojar sobre mí.

—Si vieras como está Cádiz con las cosas de la guerra! Qué entusiasmo, María Santísima! el valiente general Prim está dando cada paliza á los moros que canta el credo, y cuidao que los marroquíes no son *chavojindos*. Ya sabes que Pepilla, la doncella del último piso de tu casa, murió de parto: buen cigarro fumás, hombre, á ver, manífico! Pues paisano, me gusta la Habana.

Y esto diciendo, quitóme el habano de la boca, hizome pagar al dueño del bote, que en mal hora le con-

dujo á tierra; asió mi brazo y me llevó á remolque por el paseo que se llama la Alameda de Paula.

—Has de saber, me decia familiarmente, que Cádiz está lo mismo que tú lo dejaste; señó Frasquito el sargento, se saltó un ojo con un teneor; por poco se queda tuerto; el Tato, matando toros como chinchas. El cómico Manuel Osorio, cada vez gusta menos; los inteligentes dicen que no crea, que no hace mas que imitar á Valero, y hay quien afirma, que como carece del talento de ese gran actor, lo imita en lo malo. Oye, ¿no te han dicho que por poco me muero de un cólico?

—Vea usted, exclamé, un hombre que le dan cólicos y es paisano mio; ¡qué horror!

—Cuántos coches! paisano, ¡viva el lujo! gritó parándose de repente; hizome perder el equilibrio, y caí enmedio de la Alameda, con gran contento de un sin fin de papa-moscas que se reían al compás de los ayes que me arrancaban un enorme chichon que se destacó sobre mi frente, como se destaca un lucero en una noche oscura.

—Hombre! paisano, vas á matarte ahora? dónde vives? te has lastimado? Jesus! tienes en la frente un melocoton.

—Señor mio! le respondí incómodo; vivo en Guajai, y me es imposible brindarle á usted con una casa que no me pertenece.

—Ahora salimos con eso? Pues lo que es yo cuento contigo; ¿de qué me sirve entonces ser paisano tuyo? vaya, vaya; yo estoy mas tronado que un harpa vieja; déjate de cumplimientos; entre paisanos no se usan etiquetas; vamos á ver si me llevas donde me den de jamar, que tengo un lobo en cada tripa y el estómago no aguarda; conque á comer y paz cristi.

—No hay remedio, exclamé; al fin es paisano.

Me acordé de los milagros que suele hacer el Señor; llevé mis manos á los hombros como el que busca alas, levanté la vista al cielo como quien pide misericordia, y me apresuré á llegar á mi domicilio, seguido de mi paisano, que se enamoraba de todo cuanto veía.

Llegamos á casa, allí lo registró todo, se apropió un magnífico frac de boton dorado, que era el caro objeto de mis doradas ilusiones, rompió un busto de Napoleon III, hizome reñir con mis amigos y me hizo acometer un sin fin de diabluras. Apenas supo que en la Habana todo el mundo escribia versos, hizose poeta, y logré colocarlo en la redaccion del *Diario de la Marina*. En seguida me ausenté de la Habana, temiendo que mi paisano volviera otra vez á importunarme.

Supe que hizo fortuna escribiendo *sonetos* á dos pesos, para la seccion de remitidos del citado *Diario de la Marina*; no se dignó dedicarme un *soneto* á mis natales, cosa que sentí mucho como es de presumir.

Si algun dia me veo obligado á vengarme de una ofensa grave, daré á mi enemigo una carta de recomendacion para mi paisano el poeta *sonetero*, del *Diario*



de la Marina, y no necesita mas lepra.

Aviso á los que no me quieran bien.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Habana. 1862.

## LA NIÑA PÁLIDA.

Si cual tus rasgados ojos  
es negra tu cabellera,  
si la sonrisa del ángel  
vaga en tu boca pequeña,  
si el cuello tienes del cisne,  
y el talle de la palmera,  
qué pides, qué pides, niña,  
para parecer mas bella?

Lo sé: envidias á la rosa  
el puro color que ostenta,  
y que á tus blancas mejillas  
negó la naturaleza.  
Si en la luna veneciana  
tu bello rostro contemplas,  
piensas con enojo, niña,  
que la palidez le afea.  
La palidez que en mi alma  
grata sensacion despierta  
de vaga melancolía  
y de inefable tristeza.  
Esa palidez, hermosa,  
que es del sentimiento emblema,  
y que el pensamiento imprime  
en la frente del poeta.

Pálida vierte la aurora  
lluvia de aljofar y perlas,  
pálida la casta luna  
del cénit se enseñoa.  
Pálidos dan su fragancia  
al aura de primavera  
el jazmin de hojas menudas  
y la cándida azucena.  
Pálida en concha de nácar  
brilla trasparente perla,  
y en el azul firmamento  
las tembladoras estrellas.

Ese color dá á tu rostro  
melancólica belleza,  
templa á tus ojos el fuego  
y de languidez los vela,  
incitadora frescura  
á tus rojos labios presta,  
que un clavel que abre su cáliz  
sobre la nieve semejan,  
y dá á tu cándida frente  
la aureola de pureza,  
con que el pincel de Murillo  
á los ángeles rodea.

Muchas veces al mirarte  
triste, pálida.... y tan bella!  
con negro flotante velo  
que á merced del aura ondea,  
por los rayos de la luna  
en ondas de luz envuelta,  
te creí génio nocturno,  
vagando por la ribera.  
Y cuando, inmóvil, las olas  
veías morir en la arena,  
blanca estatua de alabastro,  
que un rayo divino espera,  
que el espíritu de vida  
en su bella forma encienda.

Por eso te amé: por eso  
eres luz de mi existencia;

y al mirarte al lado mío,  
triste, pálida.... y tan bella!  
veo en ti la musa del llanto  
que me inspira mis endechas!

ARÍSTIDES PONGILIONI

Cádiz: Marzo: 1863.

## CONTRASTES.

## A UN AMIGO.

Velaba tu cuna un día  
Un ángel encantador,  
Nuncio de paz y alegría;  
Vagaba cabe la mia,  
El espectro del dolor.

Viene una esperanza bella  
Benéfica á complacerte  
Y vives feliz con ella;  
Naciste con buena suerte  
Y yo con fatal estrella.

En tu envidiable existir  
Hay dichas que disfrutar,  
Hay risueño porvenir;  
Naciste para gozar  
Yo nací para sufrir.

Aumentan tus alegrías  
Del amor las emociones,  
Y en esos dichosos días  
Disfrutas tus ilusiones  
Y yo he perdido las mías.

No sufres penas ni enojos,  
Yo sufro penas y agravios,  
Y en este valle de abrojos  
Llevas la risa en los labios,  
Yo llevo el llanto en los ojos.

Sin esperanza querida  
Sufriendo mi adversa suerte,  
Lloro mi ilusión perdida,  
Tú ambicionas larga vida  
Yo ambiciono pronta muerte.

Sin padres y desgraciado  
Luchó con dolor profundo,  
Y vivir ¡ay! nos es dado,  
Tú satisfecho del mundo  
Y yo del mundo cansado.

Tú gozas paz y alegría,  
Y aunque mi pecho taladre,  
Sin igual es mi agonía;  
Que tú tienes una madre  
Y yo he perdido la mia.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Cádiz: 1863.

## EL LLANTO DE LA VIUDA.

### III.

### (CONCLUSION.)

Ya hacía rato que Juana y Estefanía estaban en el bosque: recostadas al pié de unos arbustos y orillas de una fuente, oraba en silencio Juana por el alma de su marido, mientras la sensible Estefanía le refería por la centésima vez las perfecciones y la amabilidad del sargento de alabarderos.



Oyese ruido en la enramada, y el choque de la armadura.—Es él,—dice Estefanía enderezando el tale que tenia recostado contra el tronco de un árbol.

Juana se estremeció involuntariamente interrumpiendo el padre nuestro cuando iba á decir «y no nos dejes caer en la tentacion» etc.

—Estoy perdido, señora!—esclamó el sargento al acercarse á ellas.—Los pícaros rebeldes me han robado un cadáver. Mis tudescos se habian dormido borrachos como cubas, y los partidarios de Felipe han descolgado un muerto, precisamente un jefe de bando. Estoy perdido señoras, van á fusilarme y vengo á despedirme de vosotras para siempre.

—Para siempre! oh! no: eso es imposible! exclamó Juana levantándose de repente, dejando caer el rosario en la fuente y apretando con fuerza el silvato que tenia entre las manos.

—Morir fusilado! tan jóven y tan hermoso! añadió Estefanía.

—Señoras,—continuó el sargento cogiendo las manos de aquellas sensibles mugeres;—vuestra compasion es para mí la voz del ángel del consuelo en la postrera hora del moribundo. Adios, señoras! voy á morir.

—No por Dios...

—No habria un medio?...

—Ninguno: nuestras leyes son severas, inexorables.

—Se me ha ocurrido un pensamiento salvador,—esclamó Estefanía dándose un golpecito en la frente como inspirada.

—Dílo, Estefanía.

—Tendreis valor, señora?...

—De mí depende?

—De vos.

—Dílo al instante.

—Señora, los muertos no vuelven á la vida: el sentimiento no puede ser eterno:

—Acaba.

—No hay poder humano que os pueda volver á los brazos de Juan.

—Y bien?—contestó inquieta Juana.

—No me comprendéis, señora?

—No.

—No teneis al cuello una llave?

—Sí.

—Esa llave es la del nicho donde descansa vuestro marido.

—Qué quieres decir?

—Un cadáver por otro: es igual.

—Estefanía, eres una infame! me das un consejo horrible.

—Mas horrible es dejar morir este gallardo jóven que hace dos horas os está dando pruebas del mas vivo interés.

—Sí, tambien es terrible... pero no puede ser: eso es un sacrilegio, una profanacion.

—Y lo otro es un asesinato.

—Señora, teneis razon; los restos de un esposo querido son muy sagrados. ¡Qué importa al mundo un hombre que no tiene quien le ame!

—Señora, lo escuchais? qué dolor! morir tan jóven!

—Tiene razon, Estefanía,—dijo Juana soltando el

silvato y cogiendo la llave del nicho, que atada á un cordon negro, pendia del cuello.—Morir tan jóven, estando en mi mano su vida...

Pero no puedo: es imposible... yo no puedo consentir.

—Señora, es media noche: poco despues de amanecer seré relevado: debo dar cuenta de los cadáveres; se notará la falta, me conducirán á una prision y de allí á la capilla.

—Santo Dios!

—Dadme la llave, señora: yo seré su depositaria. Vos no sabreis nada, no vereis nada... y si algun crimen hay en salvar la vida á un hombre, yo lo echo sobre mi conciencia.

—Señora,—prosiguió el sargento arrojándose á los piés de Juana.—Salvadme! si deseo la vida es para consagrárosela eternamente: cuento con una fortuna regular: tengo una madre que me adora y que os recibirá por hija. Soy un soldado valiente que con su espada ha sabido conquistarse un nombre. Todo lo ofrezco á vuestros piés.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de la viuda, y esas lágrimas no eran por el difunto.

Su trémula mano asió nuevamente el cordon de seda negro. Estefanía cogió la llave y le decia en tono suplicante:

—Soltad, señora, soltad.

Un sudor frio bañaba la frente de la viuda. Sus manos desfallecidas soltaron el cordon. Estefanía puso en su lugar el del silvato que era mucho mas grueso: pero su acongojada señora no estaba entonces para reparar en cien hilos de seda mas ó menos.

El sargento recibió la llave de manos de Estefanía y besando tiernamente la de Juana, marchó precipitadamente á su destacamento.

Al poco tiempo volvió con dos alabarderos que dejaron allí un cesto con viandas, y tornaron á perderse en la espesura.

A las dos horas no faltaba ningun cadáver en las ramas de los árboles. El pobre Juan colgando entre los rebeldes, con su cara pálida y bonachona, parecia dormir tranquilamente y formaba un extraño contraste con las facciones contraídas y lívidas de los ahorcados en vida.

#### IV.

El sargento habia vuelto al lado de las dos mugeres y desplegaba todos los recursos de su elocuencia para hacer tomar algun alimento á la viuda. Todo hombre enamorado es elocuente, y toda muger que desea ser consolada se consuela pronto. Se sostiene algun tiempo por respeto á las formas; pero al fin cede. Es tan dulce ceder cuando no hay ganas de resistir!

La viuda comía lentamente intermediando los bocados con los suspiros; pero comía. De vez en cuando las lágrimas derramadas no se sabe por quién, se mezclaban con el vino de cariñena que el tudesco la servia en un gracioso vaso de cuerno. Al final de la comida el sargento la presentó con el aire del triunfo un lindo manojito de cerezas, y Estefanía, mordiéndose los lábios con malicia, dijo á su ama:

—Señora, lo mismo que el oropéndolo.

La luz del alba sorprendió esta extraña cena campestre. El sargento marchó á entregar el relevo del destacamento, recojió un recibo de los cadáveres y vol-



vió precipitadamente al bosque.

Entre tanto Juana quiso que su criada le arreglase los cabellos. Ella misma se compuso el talle que estaba desceñido: refrescó en las aguas del arroyo sus ojos que estaban enrojecidos con el esceso del dolor, y exhaló un suspiro porque no podía adornar sus cabellos con las blancas flores de un espinillo maholetto que la brindaba con su perfume.

Cuando llegó el sargento lo recibió con una melancólica sonrisa hija del dolor y de la esperanza.

—Os sentís mas aliviada?—la dijo el tudesco procurando dar toda la expresion posible de dulzura á su semblante de guerrero.

—Si el dolor pudiera ser eterno... pero el tiempo, ese dios inexorable, ministro del destino que arrebató la dicha, tambien suele llevarse los dolores. Y vos, estais ya libre del peligro?

—Sí, hermosa señora, y todo lo debo á vuestra generosidad.

—Gracias, Dios mio!

—Decidme,—preguntó Estefanía al sargento acercándose al oido.—Estaba mi amo muy feo ahorcado?

—Oh! todo lo contrario: parecia el buen ladrón entre aquellos bribones rebeldes. Señora, ya nada tenemos que hacer aquí. Volvamos á nuestra casa: permitidme que sostenga vuestra debilidad.

La viuda no hizo ninguna resistencia. En verdad, qué tenia que hacer allí? Si fuera al pié de la horca donde estaba su marido...

Llegaron á casa y llamaron fuertemente á la puerta. El padre de Juana se levantó medio aturdido con los vapores de vino, y se sorprendió agradablemente al ver entrar á su hija en la casa paterna cuando la creia ya muerta de dolor. Abrazóla tiernamente y despues entraron las esplicaciones.

Estefanía hizo una relacion de lo ocurrido, que fué confirmada por el sargento.

El viejo se quedó un poco suspenso, como pensando en el tribunal de su conciencia la gravedad del asunto. Amaba mucho á su hija: se trataba de un cadáver que no servia de nada; singularmente el cadáver de su yerno: se habia librado la vida de un valiente soldado que sostenia una dinastía que podia quedar triunfante. El sargento era buen mozo; de buena casa segun lo indicaba su porte y su lenguaje. Llegaria á ser oficial, comandante... De todas estas consideraciones sacó en claro que lo hecho estaba bien hecho, y que era necesario respetar los hechos consumados; mayormente cuando vió al cuello de su hija un grueso cordon de seda y un precioso silvato que acariciaba entre sus manos mirando cariñosamente al alabardero.

Se habló de casamiento y la viuda fingió estremecerse.

El mismo padre, tan campechano y correnton, exclamó:

—Hombre, es demasiado temprano.

—Que mi señora señale el plazo,—dijo Estefanía.

—Vaya, dí, niña,—añadió el padre.

—Pondremos seis años.

—Es mucho Juana: tres años.

—Tambien es mucho, dijo Estefanía.—tres meses.

—Es demasiado: tres dias,—concluyó el sargento de alabarderos.

La viuda se sonrió; y bajando despues los ojos con

fingida resignacion exclamó:—Siempre la débil muger tiene que someterse á su destino.

D'IMIGRAL.

## A MI QUERIDO HIJO D. FRANCISCO DASTIS Y DANINO.

EN EL PRIMER AÑO DE SUS DIAS.

Vaga en torno de tu cuna

El Arcángel de la infancia,

Y alegremente te mira

La madre que te idolatra.

Tu tranquila frente besan

Las ilusiones mas castas,

Y tu delicioso sueño

Vela el Angel de la Guarda.

No quiera Dios que en las horas

De tu juventud gallarda,

Disipe tus alegrías

El desengaño que mata.

Plegue á Dios que siempre tengas

A la virtud por hermana,

Al trabajo por amigo

Y á la amistad por compañía.

Oh! sigue siempre los pasos

De la virtud noble y santa,

Y así vivirá dichosa

La madre que te idolatra.

F. D.

Cádiz.

## TEATRO PRINCIPAL.

### LA FAVORITA.—ESTRENO DE LA SRA. DORI.

Pocas veces hemos tomado la pluma con tanto gusto como lo hacemos hoy. Imparciales por temperamento, y porque al serlo creemos cumplir con lo que debemos á nuestro decoro, al de la prensa y al del público, para quien escribimos; ni en la censura, ni en el elogio, obedecemos jamás á inspiraciones ajenas, ni á miras bastardas, ni á consideraciones de interés personal. Escribimos siempre lo que en nuestro leal saber y entender consideramos justo, dando razones en apoyo de nuestra opinion; ciertamente no es nuestra la culpa, si en las anteriores Revistas no hemos tomado parte en ningun coro de aplausos, ni hemos atendido al compás de ninguna *batuta*, del mismo modo que nunca nos hemos dejado adormecer por el suave calor de la *butaca*. Para nosotros nada hay mas agradable que tributar elogios: harto sentimos haber encontrado hasta ahora en mayor número las ocasiones de censura.

Pero dejando esto á un lado, y sirva lo ya dicho de respuesta á quienes la necesitan, entremos en materia.

La *Favorita* no es de las óperas predilectas del público de Cádiz. No es extraño. En Paris mismo, para cuya primera escena lírica fué escrita con el título del *Angel de Nisida*, no se apreciaron sino muy lentamente las bellezas de esta obra. Pero como lo bueno tiene el privilegio de ser reconocido tarde ó temprano, *La Favorita* llegó á ocupar al fin el alto puesto que merece entre las obras maestras de su malogrado autor. Veinte y tres años hace que se puso por primera vez en escena, y desde entonces ha recorrido constantemente todos los teatros de Europa esta deliciosa partitura, que como dice un ilustre crítico, es hoy una de las mas brillantes joyas del repertorio francés.



En nuestra poblacion existe una circunstancia para que hasta ahora no haya sido apreciada debidamente, y es, que no recordamos haberla oido nunca bien interpretada. No se vaya á creer por esto, que en nuestro juicio, la ejecucion de *La Favorita* en la temporada actual, ha sido perfecta; estamos muy léjos de creerlo así; pero si el conjunto ha dejado algo que desear, la acertada interpretacion por algunos artistas, nos ha dado ocasion de saborear muchas de sus bellezas.

En esta ópera se ha presentado por vez primera en nuestro principal coliseo la señora Dori. La voz de esta apreciable artista, si por su estension, y á juzgar en esta ópera, es de contralto, por su calidad pertenece á la clase de mezzo-soprano, y es de un timbre sonoro y agradable, aunque no muy robusta. Canta con espresion y con delicado gusto, y tiene una figura simpática y elegante. Estas circunstancias hicieron que desde los primeros compases fuese escuchada con agrado, y despertaban el deseo de oirla en la bellísima ária del tercer acto. La señora Dori cantó el andante de una manera deliciosa, dando marcada intencion á las frases, y haciendo resaltar el gusto severo y delicado de aquella amorosa inspiracion. En el allegro no nos satisfizo tan completamente: hubiéramos deseado mas energia, mas acentuacion dramática, la cual basta á hacer olvidar muchas veces la insuficiencia de la voz. Esto mismo pedimos á la señora Dori en el allegro del duo final, cuyo andante cantó tambien con estremada perfeccion; y en una cantatriz de corazon, como lo es sin duda la señora Dori, casi debemos atribuir aquel defecto, al natural temor que abrigan los artistas en su primera salida ante un público, por lo que esperamos verlo desaparecer en las representaciones sucesivas. La apreciable artista fué recompensada con nutridos aplausos.

El señor Armandi, lo decimos con placer, se ha elevado en *La Favorita* á una envidiable altura. Pocas veces hemos oido cantar con tan correcto estilo, con tal pasion y acento dramático, como lo hizo dicho señor en el concertante final del tercer acto, en la romanza inimitable del cuarto y en el magnífico duo que termina la obra. Los defectos naturales en la voz del señor Armandi, pasaron desapercibidos: el arte los hace olvidar todos, subyugando y arrebatando á los espectadores. El triunfo que alcanzó el señor Armandi, fué muy merecido, y nosotros tenemos un verdadero placer en consignarlo.

El señor Buti, tuvo su parte en el buen desempeño de la obra, y cantó bien su romanza del tercer acto, en la que fué aplaudido.

Del bajo nada decimos, pues la empresa anunció al público, que solo por complacerlo, y facilitar la pronta ejecucion de la obra, se habia encargado de desempeñar su parte. Se espera al señor Rodas, el que inmediatamente se encargará de ella. Hasta ahora tenemos que hacer con la actual compañía, lo que los buques: huir de los bajos.

Los coros bastante mal, lo que se hace mucho mas sensible en el magnífico coro que precede al final del tercer acto. Este ha sido el concertante mejor cantado en lo que vá de temporada, segun nuestra pobre opinion; pero debemos estar equivocados, porque no alcanzó un aplauso. En cambio se aplaude frenéticamente el sesteto de *Lucia*, que á nuestro juicio es inhumanamente destrozado. *Chacun son gout*.

*La Favorita* no se ha librado de los arreglos, mutaciones, transformaciones, supresiones, etc., que ya son cosa normal y corriente en nuestro teatro. Por lo pronto

se han suprimido los bailes, quizá porque las cabriolas se cotizarán á muy alto precio, y poderosas razones de economia, habrán hecho necesaria su supresion. En la partitura, si bien no se ha suprimido completamente ninguna pieza, lo cual es ya de agradecer, dado el ejemplo de lo que ha pasado en otras óperas, se han pegado tajos y reveses, cuyo número llega hasta lo infinito.

Además del señor Rodas, se esperan pronto el bajo señor Derivis, ya conocido en Cádiz, y el tenor señor Mingneti, al que no conocemos ni aun de nombre.

En esta semana tendrá lugar el debut de la célebre artista señora Penco, el cual es esperado con impaciencia. Ya es tiempo de que nos indemnicemos de los malos ratos pasados.

DULCINEA DEL TOBOSO.

## REVISTA SEVILLANA.

Artículo insulso, que puede intitularse *Cualquier cosa*, ó si ustedes gustan,

REVISTA SEMANAL.

En el mundo hay cosas muy divertidas, apesar de que algunos se empeñan todavía en llamarle valle de lágrimas. Esta denominacion ha caducado, á lo menos de hecho, y por instante aguardo ver confirmada su abolicion en la *Gaceta*. Un pisoton en un callo, fumar un cigarro del estanco, recibir como buena una moneda falsa de á cinco duros, ver llegar al correo el dia 30.... todo esto produce á cualquier prójimo sensaciones suavisimas, poéticas y placenteras. ¡Qué tenga valor entónces para llamar valle de lágrimas al mundo! En una situacion no menos agradable que las ya citadas, encuéntrame yo, pecador de mí, por haberme comprometido con mi paisano y compadre Sancho á darle una reseña mensual de los acontecimientos ocurridos en Sevilla. Y por qué? Porque no hay tales acontecimientos, y cuando falta asunto, el tintero sobra. Si á lo menos hubiese habido un terremoto, ¡cómo describiría el bambolearse de las torres, el estrépito de los edificios derrumbándose y el pavor de los fugitivos habitantes! Pero Dios no quiere darme materia para que yo me luzca, y hace bien; pues de otra suerte la descripcion del terremoto, dividido en catorce cuadros, produciria en mis sensibles lectoras mas daño que el terremoto mismo.

Y pues he de hablar de Noviembre, lo primero que en este mes hallo es el dia de difuntos; dia en que los vivos van á visitar á los muertos, deseando *in pectore* que éstos no les devuelvan la tal visita. Hé aquí un caso en que agrada la falta de urbanidad y buena correspondencia. De los visitantes, unos llevan lágrimas y oraciones, otros van simplemente como de paseo, y algunos conducen coronitas francesas de siempre-vivas imitadas y cuadritos id. con las bellísimas y naturales inscripciones de *mon père*, *mon ami*, *ci git* etc. etc. En tales casos la espresion del dolor se compra en una perfumería por cuatro pesetas. Cualquiera pensará que esto es impropio y malo; pero todavía es peor que ciertos vates se encargen de epitafiar á los difuntos, persiguiéndolos así hasta en las mismas tumbas. Hé aquí un cuarteto colocado en el cementerio de S. Sebastian:

En este sitio lúgubre y sombrío



yace el cadáver de doña Jimena Torres Montes de Oca, que el Ser Supremo á todas partes toca, á los ochenta y tres años le quitó el brío.

Dejando aparte el segundo verso, que puede medirse por Kilómetros, ó por piés ingleses, lo que tal vez es peor; y el brío que á tan crecida edad pudiera tener la susodicha señora, pregunto á fuer de cristiano viejo: ¿es justo de esta manera maltratar á los difuntos? ¿No hay quien impida tales desatinos, especialmente en una época en que se quisiera poner mordaza á cada escritor?

Pero dejando esto aparte, quiero seguir la ley de los contrastes, á que el mundo entero obedece, y saltar desde el cementerio nada menos que al teatro, y al teatro de San Fernando de esta invicta ciudad fernandina; y llámola así, porque tal nombre se halla repetido en ella hasta el esceso. La conquistó San Fernando, tiene la calle de San Fernando, la puerta de San Fernando, el café de San Fernando, el colegio de San Fernando, la capilla de San Fernando, la campana de San Fernando, el cementerio de San Fernando, y el ya mencionado teatro de igual título. En él la sociedad sevillana tributa merecidos aplausos al eminente Valero, cuando en el «Baltasar» despliega sus grandes facultades artísticas. Parece escrito este drama bíblico para el actor, ó que el actor ha nacido para representarlo. Pero como Valero nació antes, lo seguro es atenerse al primer punto. Hartos estábamos ya de mamarrachos: todos deseábamos que la comedia casera fuese reemplazada por otro género, y la señora Avellaneda merece palmas y coronas por haber recordado este digno y elevado rumbo á los ingenios españoles. Pero, ¡qué! no la seguirán: ¿á qué calentarse los cascos mientras haya comediones de horca y veneno que traducir del francés?

También en el mismo teatro he visto en el mes presente al señor Rafael Scali ó «El Hércules de Europa», según modestamente se titula así mismo dicho forzado señor. ¿Cómo se titularía si alcanzara la pujanza del ya difunto don Víctor? Es solo un atleta de segundo orden: su trabajo deslucido y pesado: el éxito que obtuvo, menos que mediano, y el público que le vió trabajar sin admiración, le vió partir sin disgusto.

Pudiera decir algo aquí de la atmósfera: pero todos saben que hace frío, y en particular los que solo pueden embozarse en sus barbas y calentarse los piés andando; por lo cual, conozco la razón, la siento y callo, como dijo no sé quien, en no recuerdo qué comedia.

Pero no ha de quedárseme en el tintero la nueva polémica entablada sobre el Quijote en las columnas de *El Porvenir*. El amigo Benjumea tiene que habérselas ahora con un nuevo caballero encubierto, que, calada la visera y embrazada la adarga y lanza, entra en el desierto palenque y pide venia para lidiar.

A modo de lanzadas, suelta primeramente dos ó tres cartas, y se queda preparado para soltar otras tantas contra el comentador de Cervantes. Este admite el reto, entra en el palenque, y seguro de su victoria, se propone solo derribar á sus adversarios dejándolo retratado en el polvo. Y á fé que el Sr. Benjumea se saldrá con la suya, porque es justador como hay pocos, y en materia de caballerías, como ninguno. Así lo espero, temiendo que el encubierio vaya á ser nue-

va confirmacion del antiguo refran de «venir por lano y salir trasquilado.»

Quiéres mas noticias de Sevilla, caro amigo? Ahí van unas cuantas.

Has de saber, oh buen Sancho, y lo digo con verdad, que el puente y torre del Oro no han tenido novedad.

Que el clérigo viste manto y la muger lleva falda, y sigue quieta entre tanto la torre de la Giralda.

Que la mantequilla es unto, muy poderoso el dinero, quien vende leche, lechero; y muerto el que está difunto.

De estas noticias, querido, pudiera darte un costal; mas... el sueño... me ha vencido... ah!... bostezo... y me despido... y firmo....

TOME CECIAL.

## MESA REVUELTA.

Suceden cosas en esta bendita poblacion, que lo dejan á uno *turulado*. Ya he dicho muchas veces que soy amigo de la verdad y de la franqueza; así es, que en donde sé que se comete una tontería, allí me planto para decir la verdad al lucero del alba.

Ahora voy á decir algunas pocas de verdades, y salga el sol por Antequera.

¿Qué significa eso de recibir á la señora Penco con *atabales y chirimias*, y farolitos de colores, y carruajes al por mayor, y serenatas, y granujas que gritaban, ¡viva la Penco! como si dijéramos ¡viva la Pepa!

Vaya una preguntita mas. ¿Quién demonio le diria á los chavales, que la Penco era una artista? ¿si serán los granujas inteligentes en el sublime arte de Rossini? El demonio son los muchachos!

Todo el mundo sabe que la señora Penco es una gran artista; lo dicen los periódicos de Paris, y cuidadito con no creerlo. Yo creo que hubiera sido mejor haber esperado á que la señora Penco hubiera hecho su debut en Cádiz, para obsequiarla. Pues señor, cantó la Penco y cantó bien; en seguida, serenata, luces de bengala, carretelas descubiertas, bombos y platillos, y fuegos artificiales. ¿Por qué una ovacion tan completa? preguntarian algunos. Esa ovacion significa, el entusiasmo de un pueblo culto, que premia el talento de una gran artista; diria yo, y todos quedaríamos conformes. Aquí ha sucedido lo contrario; antes de oir á la señora Penco, se la ha obsequiado de una manera régia; esto equivale á haber andado por esas calles de Dios, diciéndole á todo vichio viviente.

—Servidor de usted, señor mio; aunque no tengo el honor de conocerlo, me atrevo á pedirle un favor.

—Diga usted.

—Nada; ¿quiere usted hacerme el favor de entusiasmarse esta noche? porque como viene la Penco.... figúrese usted.

Ahora pregunto yo: supongamos que la señora Penco canta y nos entusiasmos de una manera que no poda-



mos con el entusiasmo; ¿qué ovacion le haremos entonces, si ya le hemos dado una serenata sin oírla? saldremos del apuro dándole *dos serenatas*. Cuando yo les digo á ustedes que pasan aquí cosas que no las comprende nadie!

Todavía no he olvidado, que el célebre maestro Verdi, que cualquiera que sea mi opinion, sobre el mérito absoluto de sus obras, es un compositor popular y de mucho talento, estuvo en Cádiz no hace muchos meses. Ni se le dió serenata, ni hubo coches, ni vivas, ni nadie se acordó de su nombre; en tanto que en Madrid, Sevilla y Granada, hicieron al autor del *Trovatore*, los honores que su talento merece. ¿Qué hicimos en Cádiz cuando el señor Verdi nos visitó? le dijimos: Perdone usted por Dios, señor Verdi; estamos esperando que venga la señora Penco, para entusiasrnarnos; usted compone música, pero usted no canta, usted no puede llevar por su voz á nadie al teatro; nada; esperamos á la Penco; para ella guardamos los coches, los instrumentos y las aclamaciones.

Díganme ustedes; tengo razon ó nó.

Un escritor satírico que no sea franco, y que no diga al público la verdad, ni es digno de la estimacion pública, ni merece el honroso nombre de escritor público.

Pues ahora verán ustedes lo bueno.

Un periodichucho, que para bien de las letras no debia publicarse, dice, tomando la noticia de otro periodichucho de la corte: «Que todo el mundo se habia asombrado en Madrid, al saber que la señora Penco venia á cantar al teatro Principal de Cádiz.»

¿Qué le parece á ustedes? No es extraño que un periódico de Madrid diga semejante cosa, porque para algunos sabihondos de la corte, los escritores de provincias no tenemos sentido comun. Lo que sí es extraño, y lo que me horripila y me desespera, es que un periódico que vé la luz pública en Cádiz, copie semejante paparucha.

¡Pobre Cádiz! Pobre patria mia! y qué mal te tratan los tuyos y los de fuera!

A un mal tenor que rompe los periódicos que lo juzgan imparcialmente.

No con vuestras manos duras  
Volvais lo escrito á rasgar;  
Emplead vuestras *bravuras*  
En romper las partituras  
Que nunca podreis cantar.

El famoso tenor que rompe los periódicos porque lo elogian como se *merece*, tuvo el miércoles 20 del pasado, en el tercer acto de la *Traviata*, una *a.... cogida* estrepitosa. Poco despues, numerosos grupos de aficionados al *bell canto*, se reunieron en los corredores del gran Teatro de la Opera, como segun noticias llaman á nuestro Teatro Principal, algunos periódicos de Paris, y oí un rum, rum, sobre si se le daba ó no se le daba serenata; uno dijo: señores; la noche está húmeda, pueden resfriarse los músicos; y no se la dieron.

Un colaborador del periodiquillo dominguero á quien he aludido en varias ocasiones, me ha remitido el siguiente recibo, que manifiesta un *plagio* del estilo del revistero de teatros del citado periodichucho.

ers ta de Manda dos el sñorito Angel argollo dema-

dados de papel dos dela aduana ydos de Larebista medida dos de sanfarnzisqo 1rsMandao 12 rs.

2 deziembre de 1863

Como en Cádiz afortunadamente no hay donde pasearse, gracias á la rapidez con que se llevan las obras del Perejil, que Perejil habia de llamarse para que nos saliera en la frente, varios vecinos se han asociado, y tratan de formar una compañía titulada: *La conductora aérea*, la cual se ocupará en establecer puentes colgantes de azotea á azotea, para que los habitantes de Cádiz tengan donde estirar las piernas. Los puentes serán del sistema Brighton, y se emplean en su construccion, las maderas de los baños de la Puerta de Sevilla.

Ha llegado á Cádiz un torero, el cual va á poner á disposicion del municipio su *montera*, para cubrirla plaza de San Antonio, y formar un delicioso paseo de invierno.

En el *Guadalete*, periódico jerezano, hemos leído un comunicado, suscrito por el conocido barítono señor Pacini, y director hoy de la compañía lírica que funciona en el Teatro de Jerez, cuyo escrito no insertamos íntegro, por no disponer de mas espacio, y el cual contiene apreciaciones que honran mucho al estudioso artista, señor don Antonio Carapia, que con su delicada conducta y especial tacto, se ha hecho acreedor á la gratitud del señor Pacini, contribuyendo poderosamente á evitar un conflicto que hubiera dado lugar á disgustos desagradables, y manifestaciones inconvenientes de parte del público. Nos complacemos en consignar este rasgo del señor Carapia, á quien felicitamos por el espíritu de compañerismo que le anima, y que en estas, como en todas ocasiones, ha sido consecuente con las excelentes cualidades que le adornan.

Vean ustedes aquí lo único que se me ha ocurrido al contemplar *estático* los puestos de la feria que están poniendo en la desgraciada calle de la Union.

¡Qué feria, válgame Dios!  
¿Qué feria que están poniendo  
En la calle de la Union!  
Allí comerán buñuelos  
Perico, el Rey que rabió,  
Tenorio don Luis Mejia  
Y Juan el trasquilador.

Ya he dicho en prosa que no se puede pasar por la calle de San Miguel: está tan sucia esta calle, que parece la cara de un carbonero. Ahora lo voy á pedir en verso, y quiera Dios que me oigan.

Señores basureros,  
Venid, venid,  
Que la inmundicia  
Se atasca aquí;  
Tilin, tilin.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

**VICTOR CABALLERO Y VALERO.**

Imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, á cargo del mismo, calle de San Miguel, número 18.